

El irresistible ascenso del idiota schumpeteriano

La idea de un ciudadano participante y protagonista de su propio destino, enmarcado en una línea institucional que facilite e incentive a su vez esa participación en los asuntos públicos, es cada vez más remota y más difícil de imaginar.

Tal parece que Schumpeter tenía razón, los que abogamos por una democracia deliberativa y participativa, cada vez estamos un poco más deses- peranzados en el futuro de la democracia como acción colectiva que implique un diálogo público razonado, con ciertas reglas pre establecidas y lo más participativa posible.

En estas líneas me propongo tratar ese debate entre la teoría democrática clásica, y lo que comúnmente se conoce como la teoría elitista de la democracia, (cuyo exponente más lúcido, a mi entender, continúa siendo Joseph Schumpeter), y el aparente triunfo de una práctica ciudadana completamente desprovista de lo que podríamos denominar un poco intuitivamente como “virtudes cívicas”, y el predominio absoluto de lo que los griegos denominaron en forma despreciativa como “idiotes” (origen etimológico de la palabra idiota), o sea un ciudadano recluso en su privacidad y una arena política que cada vez funciona más con una lógica muy parecida a la economía de mercado...

REQUIEM PARA LA DEMOCRACIA CLÁSICA

Joseph Schumpeter comienza su desarrollo de una teoría elitista de la democracia criticando a la “teoría clásica de la democracia”. Así, metodológicamente, asume como tarea inicial la destrucción de la teoría que pretende sustituir para luego desde allí comenzar a desarrollar una teoría realista de la democracia. Tanto Schumpeter, James Buchanan, Gordon Tullock y otros destacados representantes de la escuela política liberal han suministrado una perspectiva teórica que ha tenido un enorme peso en el ámbito de las Ciencias Sociales. Pero ¿qué tienen en común todos los pensadores citados? Por un lado todos asumen que el modelo que debe de seguir la teoría política debe ser ahorrado por la economía, y por otro lado se concentran en una persistente crítica a un concepto normativo de la democracia con notadas reminiscencias clásicas, y centran su visión del ciudadano como un

individuo que enfrenta los dilemas políticos con las mismas disyuntivas que un consumidor se abisma en los litigios por la elección de este o aquel producto.

A lo primero que se dedica Schumpeter cuando se propone elaborar la teoría alternativa a lo que designa como teoría clásica de la democracia, es a ocuparse de dos particularidades que la caracterizan: la idea del bien común y de la voluntad general.

En primer lugar es bastante discutible que exista una teoría clásica de la democracia. (1) Lo que Schumpeter denomina de esa forma, o al menos tal como él la expone en su texto es algo así como una curiosa amalgama de varias “teorías clásicas”, donde combina elementos de una variedad de modelos bien distintos. Así comienza el autor cuestionando su propia definición clásica de la teoría democrática, la que expone de esta manera: “el método democrático es aquel sistema institucional de gestación de las decisiones políticas que realiza el bien común, dejando al pueblo decidir por sí mismo las cuestiones en litigio mediante la elección de los individuos que han de congregarse para llevar a cabo su voluntad”. (2)

A partir de esta definición, Schumpeter comienza su cuestionamiento a la teoría clásica, para luego intentar construir una teoría más realista, y menos llena de preconcepciones sobre los diversos elementos constituyentes de la propia teoría; intenta dejar de lado las imágenes y los conceptos clásicos que influyeron en gran forma en la manera en que era entendida la democracia hasta ese momento, para comenzar a pensar en los ciudadanos concretos y en las formas institucionales que pudieran dar lugar a una forma de elegir un gobierno democrático legítimo, según su propia percepción de la política; un gobierno que surgiera del voto popular, y que significara la encarnación de la única democracia posible; por otra parte es interesante resaltar que Schumpeter intenta de esta manera rescatar la idea democrática y asimilarla a una sociedad de ma-

nas moderna, y cabe distinguirlo cuidadosamente de otras versiones elitistas como las de Mosca o Pareto, que basan sus análisis en la imposibilidad de la democracia como proyecto político común.

La idea del bien común es el primer objetivo teórico a destruir. Sostiene el autor que no es posible llegar a ninguna idea del bien común que incluya a todos los individuos, ya que en las sociedades plurales no es sostenible que exista ninguna idea que aglutine las preferencias de todos los individuos y que los mismos puedan identificar por método alguno; en el caso hipotético en que se llegara a una identidad de objetivos, las diferencias comenzarían a generarse en lo que tiene que ver con los medios y con la velocidad para tomar las medidas para obtener el objetivo deseado. No es posible —dice Schumpeter— pretender superar las diferencias de opinión o de valores por medio de la argumentación racional, ya que corremos el grave riesgo de discriminar a todas las demás opiniones o sistemas completos de valores bajo el estigma de ser “completamente ajenos a la racionalidad común”, y de allí a la pretensión tutelar fundamentada en criterios de verdad absolutos hay solo una pequeña distancia. Según la versión schumpeteriana de la teoría clásica de la democracia, lo único que puede ocasionar un desacuerdo, aparte de la estupidez y de los intereses siniestros, y explicar la existencia de una oposición, es una diferencia de opinión en cuanto a la rapidez con que hay que llegar a la meta, la cual es común a casi todos”. (3)

Dice Schumpeter que esto es imposible, que tal bien no existe, y no es posible llegar a él; no se trata de considerar la posibilidad de que haya algunas personas que no estén de acuerdo con el bien común, sino que tal bien común carece de existencia; para cada grupo o para cada individuo el bien común significará cosas diferentes, y la identificación unívoca de un bien común universal implicaría la falta de libertad de elección entre universos de decisión no simplificables en términos de opciones.

El segundo objetivo de Schumpeter es lo que él denomina como *voluntad general*, y que tanta influencia ha generado en el ámbito de la teoría política. La existencia de un bien común —nos dice Schumpeter—, implica tam-

bién la existencia de una voluntad única, una voluntad general. Al desaparecer la imagen del bien común, debería desaparecer también la idea de la voluntad general, ya que es esta última la que generaría la idea del llamado bien común.

Schumpeter sostiene que la presunción de la existencia de una voluntad general, implica atribuirle a los ciudadanos democráticos, “una independencia y calidad racional que son completamente irreales”. (4) Para que la voluntad general se concrete en un factor político relevante —dice Schumpeter— esta tiene que transformarse en algo más que en un conjunto de impresiones sobre temas que no siempre (mas bien casi nunca) están bien definidos y sobre los que el individuo político desconoce y ni siquiera le interesan. Para que los juicios de los ciudadanos fueran dignos de considerar, esto es, fueran fruto de una aproximación sensata e informada de procesar los dilemas públicos, el ciudadano debería ser quien no es: un sujeto político participativo, informado e interesado en los asuntos públicos, que llegara con relativa facilidad a conclusiones rápidas, racionales y razonables acerca de complejas disyuntivas concernientes al ámbito público. Aquí hay una inversión de criterios valorativos con respecto a la antigüedad clásica; según las versiones que nos llegan de la Grecia de Pericles, el ciudadano era precisamente el individuo por excelencia, y era allí, en la esfera pública, en el ágora con sus iguales donde el ciudadano se formaba y participaba. El modelo de hombre político clásico era el ciudadano y no el hombre privado, el *idion* en términos griegos. En Schumpeter esto se invierte, y el individuo significativo pasa a ser el hombre privado, a quien presenta como portador de una racionalidad práctica muy superior en el ámbito privado que en el público. Para Schumpeter, el ciudadano debería permanecer ajeno y alerta frente a las amenazas de los grupos de presión y de los mecanismos de propaganda, que actúan en los procesos sociales electivos de la sociedades pluralistas contemporáneas, para poder conservar su independencia de criterio, pero esto no es posible por dos razones: 1. no puede hacerlo 2. No le interesa hacerlo. Este no puede permanecer ajeno a la influencia de las agencias de propaganda, de la acción persuasiva y publicitaria de los parti-

dos políticos, elementos que colaboran a distorsionar la opinión pública, a través de su accionar sobre las voluntades de los individuos.

La presumible voluntad general, no sería entonces el motor del proceso político, sino el resultado de la acción racional de los individuos, afectada por la influencia de los métodos propagandísticos de masas, y de la acción de los partidos políticos que con la puesta en práctica de sus estrategias gubernativas o electorales diseñan las agendas públicas. Finalmente, en el caso en que pudieran evadir este cerco insalvable, tampoco lo harían, puesto que no les interesa actuar políticamente.

Schumpeter culmina entonces su ataque contra el "problema" del clasismo democrático planteando que no siempre las soluciones a las dificultades públicas producidas por los métodos democráticos de solución de conflictos, producen resultados superiores a otros métodos, o sea que no "conquieren" con "lo que el pueblo quiere realmente", sobre todo cuando las voluntades están muy divididas. Tampoco puede negarse que se obtendrá, si no exactamente lo que el pueblo quiere, sí, al menos, un "compromiso honrado". (5) Las posibilidades que los métodos democráticos propongan soluciones mejores, aumentan cuando los problemas a tratar son de naturaleza cuantitativa, y disminuyen cuando estos son de carácter cualitativo. En estos casos un organismo no democrático puede llegar a ser de mayor utilidad; puede producir resultados más satisfactorios para la vida de la comunidad. Este argumento trata acerca de la versión de la teoría democrática que dice: ante todo problema, siempre es mejor la actuación de un organismo democrático que uno no democrático.

EL CIUDADANO DEMOCRATICO SEGÚN SCHUMPETER

Uno de los ataques mejor estructurados de los efectuados por el autor contra el legado clásico, es el dedicado a la idea que la "teoría clásica de la democracia" posee del ciudadano democrático. La visión del ciudadano que posee Schumpeter está fuertemente teñida de apreciaciones empíricas; son elementos tomados del estudio del comportamiento cívico del ciudadano

histórico, tema que obsesionaba por entonces a las Ciencias Sociales norteamericanas, marcadas fuertemente por el empuje del conductismo. Por eso es que se evidencia en Schumpeter, un giro realista con respecto a todas las teorías sobre la democracia que lo precedieron; es así, que la visión que posee sobre el rol político del ciudadano medio, puede catalogarse sin como pesimista. Ese ciudadano del que hablaba la teoría clásica de la democracia no existe ni nunca existió; el ciudadano medio, racional, interesado, informado, es una quimera, y forma parte de la imaginación histórica, o de la idealización de la antigüedad política clásica. (6)

Su apreciación de las democracias modernas parece sugerirle que a lo sumo, el rol asignado a la ciudadanía debería estar constreñido a la elección de los que gobiernan. La misión del ciudadano es completamente minimalista: pasa a convertirse en un elector, un votante que tiene como cometido político principal el juzgar al final de cada gobierno si los políticos electos hicieron bien su trabajo, o si sería mejor sustituirlos por otros.

El pesimismo antropológico en lo que respecta a las actividades públicas del individuo llama la atención a cualquier lector que se aproxime a la obra de Schumpeter. El autor niega en primer lugar la presunta atribución al ciudadano democrático, de una calidad racional, de una independencia de criterio, que le atribuye la "teoría clásica".

A esta apreciación negativa, el autor agrega la absoluta falta de independencia del ciudadano tipo, la que estaría afectada por la presión de los grupos, la capacidad persuasiva de los oradores políticos de turno, y las propagandas políticas. En este caso, Schumpeter realiza una clara analogía entre el mercado económico y el "mercado político"; así, le asigna aproximadamente el mismo peso a la influencia que posee la propaganda en el aspecto comercial, que la que posee la utilizada en las campañas electorales. Pero el pesimismo de Schumpeter es aún mayor, e incluye en su juicio negativo acerca del papel activo de la ciudadanía a los activistas e interesados en los asuntos políticos: Refiriéndose a ese tema dice Schumpeter, "Los lectores de periódicos, los radioescuchas, los miembros de un partido, aun cuando no estén reunidos física-

mente, tienen una enorme facilidad para transformarse en una multitud psicológica y para llegar a esta situación de frenesí en la que un intento de argumentación racional no hace más que avivar los espíritus animales". (7)

El papel activo del ciudadano, en el mejor de los casos, solo debe circunscribirse a su actuación en su inmediato entorno local; más allá, su influencia es negativa. Según Schumpeter, el rol efectivo, positivo del ciudadano "...comprende las cosas que concierne directamente a él, a su familia, a sus negocios, a sus aficiones, a sus amigos y enemigos, a su municipio o barrio, a su clase, iglesia, sindicato o a cualquier otro grupo social del que se un miembro activo, esto es, las cosas que están bajo su observación personal, las cosas que le son familiares independientemente de lo que le diga su periódico, las cosas en las que puede influir directamente o puede dirigir y por las que desarrolla la especie de responsabilidad engendrada por toda la relación directa entre la línea de conducta seguida y sus efectos favorables o desfavorables". (8)

Más allá de este entorno inmediato, el ciudadano se transforma en un individuo particularmente torpe, que no está capacitado para participar ni para decidir nada que supere ese círculo íntimo de preocupaciones mundanas y particulares. Los ciudadanos son miembros no determinantes de un masivo cuerpo electoral que elige gobernantes. El ciudadano se convierte en un poseedor de un instrumental de derechos políticos, que no ostenta ninguna responsabilidad más allá de sus deberes como sujeto privado de una comunidad política; esto es, respetando las normas civiles y penales, el ciudadano se despreocupa por completo de lo que suceda fuera de su entorno más inmediato, ya que de preocuparse, debido a su absoluta falta de competencia ocasionaría inconvenientes a la tarea del gobierno. (9)

La total falta de calidad crítica del ciudadano de las democracias modernas llega a tal punto que Schumpeter niega que sean buenos jueces para sus propios intereses:

"...a menudo (los ciudadanos) demuestran ser malos jueces de sus propios intereses a largo plazo, pues es tan sólo la promesa a corto plazo lo que toman en consideración políticamente y la racionalidad a corto plazo la

única que prevalece efectivamente". (10)

Cuando el ciudadano se aleja de esta cómoda situación privada es que comienza a comportarse de una manera irracional y hasta torpe. ¿Cuál es la razón de este cambio en la racionalidad y en la capacidad de emitir juicios razonables e informados sobre problemas complejos? Schumpeter nos dice que fuera del ámbito privado, el ciudadano se siente participe de un mundo ficticio, un mundo que no le pertenece y en el cual no tiene nada que hacer; su accionar, las consecuencias de sus actitudes políticas quedan tan diluidas en la masa ciudadana que apenas sienten que afectan los problemas de gobierno.

El juicio negativo lapidario con que Schumpeter califica a las posibilidades analíticas y responsables de la ciudadanía en general en sus preocupaciones y en sus actitudes en lo que tiene que ver con los problemas de gobierno, no sufre ni el menor declive cuando se refiere a los sectores de la sociedad mas informados y cultos. Estos sectores "privilegiados", en cuanto al acceso a información y a formación personal, que poseen una vida profesional exitosa, no están menos exentos de realizar disparates cuando se enfrentan a problemas de gobierno. Para ver con claridad esto, solo es necesario -dice Schumpeter- comparar la preocupación y el tiempo dedicado al análisis y al estudio de los problemas cotidianos de un abogado en su profesión (un juicio penal por ejemplo), y la liviandad que presentan sus estudios y su juicio crítico cuando se le presentan responsabilidades públicas, o tan siquiera cuando tiene que opinar sobre problemas políticos. Al sentirse lejos de la realidad sobre la que debe pronunciarse o juzgar, y al no presentarse de inmediato consecuencias fáciles

6 líneas

*Es fácil cambiar palabras,
difícil es interpretar los silencios.
Es fácil caminar lado lado,
difícil es saber cómo encontrarlos.
Es fácil besar un rostro,
difícil es llegar al corazón.*

Fernando Pessoa

mente palpables para su cotidiana realidad.

Al ser tan pobre la actitud de los ciudadanos ante los problemas de gobierno, deja su lugar a minorías de activistas que se encargan de tratar y solucionar los problemas que atañen al gobierno de la comunidad política. Son estos y no el pueblo los que conforman y fabrican la opinión pública. Así como la publicidad comercial fabrica necesidades económicas, estos agentes políticos que se encargan del gobierno son los que en realidad deciden cuales son los problemas gubernativos y cuál es su urgencia.

Como se ve claramente, este es uno de los cuestionamientos mas serios que se han efectuado a la visión tradicional de la democracia como gobierno del pueblo. Lo que tiene de original la visión de Schumpeter es precisamente que no ataca a la democracia diciendo que no es posible realizarla, sino que afirma que lo que existe *es la democracia* "lo que existe, se parece bienamente a lo que debería existir"; no ataca a la democracia en nombre de otro sistema de gobierno, sino que afirma que los regímenes que existen en gran parte del mundo occidental son democracias; se trata efectivamente de la única democracia posible.

Esta idea puede ser simplificada de la siguiente propuesta de *Revisión de la Teoría Clásica de la Democracia*:

Teoría Clásica: El pueblo (sujeto colectivo) muestra y hace valer su opinión racional y definida, y elige representantes o decide acerca de las controversias políticas. Se trata de una suerte de utopía político-religiosa extremadamente exigente en términos de deliberación e involucramiento de los ciudadanos en los asuntos públicos.

Teoría Revisada: El electorado elige los hombres que toman las decisiones o crea un gobierno. La democracia sin pueblo coherente y sin iniciativa, es un método institucional para que determinados individuos puedan

decidir compitiendo por el voto popular. Se trata de un método para formar gobiernos mayoritarios donde el ciudadano poco tiene que hacer luego de formado el gobierno: es muy poco exigente para el ciudadano común.

A partir de estas consideraciones, se ha sometido a su "modesta" teoría revisada de la democracia, a numerosas críticas, generando a su vez una gran controversia en la discusión democrática contemporánea, fundamentalmente entre visiones más centradas en una visión "realista" de la democracia, basada en la exposición de Schumpeter (aunque no solo de él), y otras visiones críticas que han intentado presentar alternativas normativas a la discusión democrática de los últimos cincuenta años.

LA DEMOCRACIA ELITISTA SCHUMPETERIANA Y SUS CRITICOS

Uno de los más importantes críticos de la obra política schumpeteriana es C.B. Macpherson.(11) Para analizar lo que en la obra de Macpherson se denomina como el modelo N° 3 de la teoría democrática, (12) al que identifica como "democracia como equilibrio", separa claramente tres formas posibles de observar la misma: como descripción, como explicación y como justificación, pero rápidamente aclara que a menudo estas tres formas se mezclan dentro de la exposición de Schumpeter y no siempre son fácilmente separables para su análisis.

Para Macpherson, el modelo de Schumpeter funciona bastante bien como descripción de las modernas democracias (se refiere a los años setenta), y podríamos agregar que hasta es bastante probable que aún para comienzos del siglo XXI la descripción sea correcta. Se basa en estudios empíricos acerca del comportamiento de los ciudadanos, y es mucho mas "realista" que cualquier presunción teórica sobre el deber ser de la democracia. Su descripción del hombre, y del ciudadano occidental y de la sociedad es básicamente correcta; y agrega Macpherson "mientras tengamos un hombre de mercado y una sociedad de mercado, cabe prever que actuaran como se describe..." (13)

El autor se detiene luego a analizar algunas defensas que se han realizado del modelo de Schumpeter. Entre ellas, menciona la que afirma que la justificación del mismo reside en que, el sistema pese a todos sus problemas, "es el único capaz de hacer lo

que hace falta, o el que mejor puede hacerlo".(14) Esta justificación apunta a respaldarse en una suerte de naturaleza humana que llevaría a que el ciudadano sea de una manera determinada; esta presunción de "realismo" confunde naturaleza humana con una realidad contingente; el razonamiento es el siguiente: dado que la "teoría clásica" de la democracia no funciona, solo esto es posible; los hombres reales, el hombre medio, no es capaz de adaptarse a otro tipo de funcionamiento democrático mas exigente, dado esto, entonces de que vale imaginar democracias imposibles; nuestra democracia histórica, la existente, se adapta perfectamente a como es el hombre medio real.

Este juicio antropológico ahistórico, que no tiene en cuenta la capacidad perfectible del ser humano, ni los cambios que se producen en la sociedad que repercuten en los individuos, carece de una visión dinámica y da por sentado un dato de una realidad que puede cambiar muchas veces y en muchos sentidos. El hombre medio de la antigüedad no es igual a su símil medieval, y está muy lejos de una descripción del hombre medio moderno. A lo sumo cabría afirmar que dadas las características del hombre medio *actual*, dadas sus particularidades antropológicas, entonces este modelo democrático sería el único posible.

La otra gran crítica que presenta Macpherson frente a la democracia schumpeteriana, refiere a la propia analogía con el mercado económico, ampliamente destacada por Schumpeter. Según Macpherson, el modelo democrático de equilibrio ni es de equilibrio ni es democrático. Para analizar esto se basa fundamentalmente en dos razones que pasaremos a tratar más detenidamente:

Lo que hace el mercado político es responder y registrar lo que en economía se llama la demanda efectiva, las demandas que poseen una capacidad adquisitiva capaz de respaldarlas: esto puede querer decir que la capacidad de las demandas dependen de: A. dinero o B. lo que él denomina como "*gasto directo de energía*". En ambos casos, ya que se mida en dinero, o que se mida como gasto de energía, el resultado es el mismo: este modelo, según Schumpeter carece de fundamentos democráticos.

Los consumidores de este mercado distan mucho de ser iguales, por lo tanto las oportunidades de participar como un sujeto relevante en política no son las mismas, esto, según Ma-

pherson conspira, y de hecho hace imposible que consideremos al modelo schumpeteriano como democrático en cuanto al acceso real de posibilidades políticas de transformar la realidad.

¿Qué sucede en el caso de lo que denomina como energía política?. En este caso, a primera vista, parecería razonable que quienes dedicaran mayor tiempo, mayor empeño, obtengan mayores resultados que quienes la abordan con cierto desdén y sin interés manifiesto. Esto sería cierto, dice nuestro autor, si la apatía fuera un dato independiente de toda condicionabilidad externa, si fuera una decisión tomada de acuerdo a un balance.

Para Macpherson, esto no sucede. Ya sea por su educación o por la ocupación que posee un individuo u otro, las dificultades aumentan o decrecen para encontrar la información adecuada para enfrentar los problemas públicos con mediana seriedad. La hora de todos los ciudadanos no cuesta lo mismo, y estos lo saben; este es un dato que de por sí solo no es definitivo; cualquier ciudadano podría elegir libremente el perder dinero e incluso su trabajo para dedicar todos sus esfuerzos a la vida pública; lo que sucede es que el ciudadano también posee otras responsabilidades y debe asumirlas, por lo que forzosamente debe tener en cuenta el valor de su hora al decidir o no el concurrir a las actividades políticas. Lo que quiere decir Macpherson con esto es que las desigualdades económicas colaboran con la apatía política de ciertos grupos o individuos; interfieren a la hora de la decisión y le quitan su independencia al dato de la participación política.

Pero el autor va todavía más allá, y afirma que el tipo de democracia propuesto por Schumpeter genera apatía, y que frecuentemente los partidarios de este modelo de democracia afirman que el sistema requiere un cierto nivel de apatía ciudadana, puesto que una participación más alta pondría en riesgo la estabilidad del sistema. Tal modelo, según Macpherson no puede ser considerado democrático; un modelo que genere apatía y que además sostenga que esto está bien, no merecería ser denominado como democrático. La competencia entre elites, no solo responde a un escaso interés de los ciudadanos en participar en las cosas públicas, sino que es una característica buscada deliberadamente por la lógica interna del sistema. La democracia elitista competitiva de Schumpeter no es un modelo que funciona de esa manera por la apatía ciudadana, sino que la misma lógica interna del sistema busca crear y provoca deliberadamen-

Convivencias

Ultimos artículos publicados en esta serie:

(CLXV) Cambios en la Sociología de la Familia. (Noé González, N° 383)

(CLXVI) Pensar el Estado. (Hermann Heller, N° 384)

(CLXVII) Sociología de la familia hoy (Noé González, N° 386)

(CLXVIII) Las Utopías y el Derecho en el siglo XXI. (Nelson Villarreal Durán, N° 386)

te apatía ciudadana, para su mejor funcionamiento.

La concepción de ciudadanía que está implícita en el modelo de "democracia elitista competitiva" formulada por Schumpeter, como ya vimos, posee una particular concepción antropológica que contradice todos los presupuestos que están detrás tanto de la teoría liberal como de las formulaciones teóricas que se encuentran en lo que podemos denominar como tradición republicana. Para cualquiera de estas tradiciones, los individuos integrantes de las comunidades políticas están capacitados y poseen actitudes suficientes para participar más o menos activamente de los asuntos públicos, y no se deben restringir a ser individuos expectantes de lo que decidan algunos otros encaramados más o menos competitivamente y por elecciones regulares a los órganos de gobierno. Schumpeter configura una visión del ciudadano que resulta alarmantemente pesimista. La separación es tajante: el individuo democrático cuando actúa en la esfera privada es un ser perfectamente racional, que se informa, delibera, mide, piensa, con una perfecta conciencia de los resultados de su decisión, ya que la misma le afecta directa y rápidamente. El retrato del mismo ciudadano actuando en la esfera pública no podía ser mas deprimente. Se trata de un ser completamente incapaz de opinar, de informarse, mucho menos de deliberar, completamente falto de interés en lo público, sin ningún tipo de responsabilidad acerca de lo que decide, y que ni si-

quiera posee una clara visión de que es lo que puede desencadenar su decisión

Evidentemente, pocas personas serían capaces de discutir con un técnico del gobierno acerca de posibles alternativas técnicas a una política determinada, lo que no implica que con un mediano caudal de información el mismo ciudadano no pueda elegir entre políticas diferentes o en énfasis generales acerca de un problema u otro. Negar esta posibilidad es poner en duda la deseabilidad misma de la participación ciudadana hasta en sus más mínimos exponentes, y colabora en mucho a adoptar y fundamentar a favor de la deseabilidad de un gobierno tecnocrático que suprima las opiniones y las decisiones de los profanos bajo el excluyente estigma de la ignorancia.

Si tomamos en cuenta los postulados de la teoría de la democracia schumpeteriana, los únicos individuos que participan activamente y que cumplen un rol como ciudadanos, por encima de las exigencias mínimas de un voto (no obligatorio), son los activistas pertenecientes a la élite ofertante ante la expectativa de un cambio de gobierno. Los ciudadanos según la teoría expuesta, no solo no es necesario que participen, sino que no deberían entrometerse en las tareas de gobierno de los ciudadanos electos a tal fin.

De acuerdo a esta fotografía de la democracia liberal, si quitamos el argumento en contra de la tiranía, basado en que los ciudadanos al menos pueden elegir cada tanto tiempo entre diversas propuestas, y quitar a quien no quieren como gobernante, poco queda de democrático en este sistema.

REFERENCIAS

- 1) Las críticas a esta interpretación unívoca de Schumpeter de lo que él denomina como teoría clásica de la democracia son varias, entre ellas cabe destacar: Pateman, Carole "Participation and Democratic Theory", Cambridge, 1970. Macpherson, C.B. "La democracia liberal y su época" Alianza, Madrid, 1991.
- 2) Schumpeter, Joseph. "Capitalismo, socialismo y democracia", p. 321.
- 3) Schumpeter, Joseph. "Capitalismo..." p. 321.
- 4) Schumpeter, Joseph "Capitalismo..." p. 325.
- 5) Schumpeter, Joseph. "Capitalismo..." p. 326.
- 6) Los estudios empíricos muestran que la fotografía del ciudadano medio, estaba lejos de las expectativas que Tocqueville o Stuart Mill tenían de él, y que la influencia civilizadora, participati-
- va y educadora de la democracia no funcionaba tan fácilmente como se pretendía.
- 7) Schumpeter, Joseph "Capitalismo..." p. 330-331.
- 8) Schumpeter, Joseph "Capitalismo..." p. 331.
- 9) Schumpeter llega a sostener que "Con todo, el patriotismo local puede ser un factor muy importante para el funcionamiento de la democracia", especialmente en las comunidades no demasiado grandes para impedir el contacto personal". Donde resalta finalmente, aunque luego de algunas dudas, la importancia del papel de la participación ciudadana a escala local. Schumpeter, Joseph "Capitalismo..." p. 333.
- 10) Schumpeter, Joseph "Capitalismo..." p. 333-334
- 11) Ver fundamentalmente C.B. McPherson "La democracia liberal y su época", Madrid, Alianza, 1991. Todas las citas sobre la obra de McPherson pertenecen a la citada obra.
- 12) Para analizar la teoría democrática liberal, el autor decide dividir la misma en cuatro modelos, con la finalidad de lograr un análisis mas acabado de sus preceptos teóricos. Así denomina como modelo N°1 a lo que llama "Democracia como protección", al N°2 le llama "Democracia como desarrollo", y al modelo ejemplificado en la teoría de la democracia trabajada por Schumpeter le llama "Democracia como equilibrio". Finalmente expone su propio modelo, el N°4 al que llama "La Democracia como participación".
- 13) C.B Macpherson "La democracia..." p. 102.
- 14) Idem. P. 103.